

mentiras que llenan los anales de la diplomacia! Malvados é infelices, verdugos y víctimas, hé aquí á lo que se limitarían los destinos de la humanidad. Más valiera que no hubiese humanidad; por lo ménos que la historia no registrara sus errores, sus locuras ni sus crímenes. Pero no, el mundo no es juguete de la fuerza; los hechos de la naturaleza tienen sus leyes, y los hechos históricos son también regidos por una voluntad superior á los caprichos de las voluntades individuales. La filosofía investiga esas leyes; por mejor decir, Dios las revela en la historia: la filosofía, al descubrirlas y comprobarlas, cumple las funciones de relator y de testigo.

§ II.—El gobierno providencial y la libertad.

I.

No hay historia posible si de ella se destierra á Dios. Mas si Dios está immanente en la humanidad, ¿quedará en ésta sitio para el hombre? ¿Acaso el gobierno providencial no conduce al mismo error que la fatalidad antigua? Los antiguos sometían sus dioses á un destino inexorable. La idea cristiana de la Providencia salva la libertad de Dios; pero al mismo tiempo ¿no sacrifica la libertad humana? Si Dios dirige el curso de las cosas de este mundo, ¿no las dirige con omnipotencia? ¿Qué resta al hombre, débil criatura, para oponer á esa fuerza irresistible? Si la acción divina absorbe y aniquila la libertad de los individuos, ¿dónde cabe su responsabilidad? ¿Podrá decirse que hay individuos, cuando no son más que manifestaciones pasajeras de la voluntad divina? Su condición no sería superior á la de los brutos, aunque se les otorgase la inmortalidad; morirían para transformarse; pero, si no intervienen para nada en esas transformaciones sucesivas, ¿podrá hablarse de desarrollo ni de progreso? Dios es quien se manifiesta, Dios y no el hombre quien sucesivamente se desarrolla, Dios solamente disfruta verdadera vida; el hombre no es más que la sombra de un sueño.

No hay cuestiones más graves que las planteadas anteriormente, porque se trata de saber si existe una humanidad, si hay una historia. La conciencia humana se ha elevado sobre las dudas de la filosofía, y afirma conjuntamente con la libertad del hombre la acción de Dios sobre su destino.

Nos sentimos con libertad de obrar ó de no obrar, de hacerlo en este ó en el otro sentido, y esto basta para que la libertad sea un hecho incontestable. Hay otro hecho no ménos cierto para los que creen en la existencia de Dios y en su vida en el hombre, y es la acción que Dios ejerce sobre los individuos y sobre los pueblos. En el lenguaje cristiano se llama gracia esta inspiración interior que nos da, al mismo tiempo que el conocimiento del bien, el ansia de quererle. Nosotros llamamos gobierno providencial la intervención de Dios en el destino de los pueblos. Pero su acción omnipotente ¿dejará subsistir la libertad humana? Hé aquí otro hecho que el hombre puede fácilmente comprobar y que la historia comprueba en cada una de sus páginas. San Pablo dice que vivimos en Dios; pues esta es la immanencia divina. ¿Quién no recuerda las dolorosas palabras del apóstol deplorando que ve y desea el bien, y que no obstante ejecuta el mal? Fuera inútil recordar los errores y los crímenes de los pueblos que llenan los anales de la historia. Las naciones y los individuos son, pues, libres, aunque se hallen sometidos á la mano de Dios. Pero estos dos hechos parecen recíprocamente excluirse: ¿cómo conciliarlos?

Donde la acción de Dios se considere como causa habrá necesariamente misterios, porque Dios mismo, el sér perfecto, es un misterio para la imperfección humana. ¿Qué importa que no podamos explicar el concurso de la gracia ó del gobierno providencial con la libertad de los individuos y de los pueblos? No por ello subsisten ménos los hechos, y esto basta para admitirlos. Al ménos, si la explicación completa es imposible, podemos concebir la existencia de los dos hechos, contrarios en apariencia. La immanencia de Dios, bajo el punto de vista de la filosofía de la historia, no es otra cosa que la educación de los individuos y de la humanidad. Dios inspira y guía al hombre como el maestro al discípulo. ¿Acaso un maestro inteligente dominará á su discípulo hasta el punto de quitarle toda libertad de pensamiento, de sentimiento y de acción? Por el contrario, procurará desenvolver las fuerzas con que Dios le ha dotado, y no intervendrá más que para inspirarle y guiarle, dejando entera libertad á su expansión. ¿Seguiría Dios otro procedimiento en la educación del género humano? Verdad que tal maestro es un sér perfecto, y pudiera creerse, por consiguiente, que procura-

rá infundir al hombre sus pensamientos, sus sentimientos y su voluntad. Tal es, con efecto, el fin de la educación divina; pero el medio de conseguirla no será seguramente comunicar al hombre su perfección. La verdad que el hombre posee no le presta su valor, sino los esfuerzos que hace para alcanzarla y para realizarla en su vida. Dios se limita á inspirar y guiar, dejando al hombre su libertad entera.

Siendo la libertad la condición de nuestro desenvolvimiento, ¿cabe concebir que Dios la destruya ó la altere, máxime cuando su gracia y su providencia no tienen otro fin que ayudarnos á desarrollar nuestras facultades? Dejemos á un lado la gracia, que opera en la intimidad de la conciencia y no se produce sobre el teatro de la historia. Cada hombre puede sentir en sí mismo, tanto el vivo impulso hácia el bien, que emana de Dios, cuanto la libertad de resistirle: inspiración incesante y resistencias manifiestas que forman el drama de nuestra vida interior. Los efectos del gobierno providencial, así como las pasiones y los errores que desvían á las sociedades del camino que Dios les traza, se revelan en las naciones de una manera ostensible. La historia entera presenta un doble espectáculo: lo que los hombres quieren y lo que quiere Dios, los efectos de la libertad humana y los de la acción divina. Fijándonos tan sólo en las apariencias, pudiera creerse que el mundo está entregado al dominio de las malas pasiones ó del ciego interés. Estos móviles desempeñan ciertamente un papel en los hechos históricos; mas no vaya por ello á deducirse que los destinos del género humano se ven abandonados al arbitrio de sus instintos. Esta es la parte del hombre; pero hay también la parte de Dios. La fuerza y el azar no gobiernan al mundo; gobiérnalo el pensamiento. Dios se sirve hasta de nuestros errores y de nuestros crímenes para la ejecución de sus designios. Hase negado esta verdad; hase dicho que era un sueño de la filosofía, hase pretendido que equivaldría á suponer que Dios era cómplice del mal que no impedía ó que se trocaba en su mano en instrumento del bien. No, no es un sueño: por poco que se estudien los hechos, los móviles de los que en ellos intervienen, y las últimas consecuencias á que conducen, veráse que los hombres hacen las más veces lo contrario de lo que se proponían hacer. Ordinariamente lo que procuran es la obra de las pasiones

que acabamos de señalar, y lo que ejecutan un elemento de progreso que la humanidad realiza; ¿quién ha sacado el bien del mal? Dejando á un lado el azar, palabra vacía de sentido, sólo hay una respuesta: Dios. ¿Cómo lo que, bajo el punto de vista humano, es un mal se convierte en un bien en los planes de la Providencia? Esto sí que es para el hombre un misterio, como todo lo que respecta á la acción de Dios. La historia debe limitarse á consignar el hecho. ¿Diráse por esto que Dios es cómplice del mal? El mal es obra de la libertad humana, y será siempre un mal, aunque Dios le convierta para la humanidad en un bien. Los designios de Dios no acusan á los hombres, y ménos les justifican. Pero al mismo tiempo, ignorando los hombres los designios de la Providencia, no pueden ser condenados, por lo mismo que se encuentran en oposición con el plan de Dios. La historia les juzgará con arreglo á los sentimientos que les hayan inspirado; si han obedecido á la ley del deber, les absolverá y hasta les glorificará; si han obedecido al egoísmo ó á la ambición personal, les condenará, aun cuando, sin quererlo y sin saberlo, hayan concurrido á los designios de la Providencia.

La oposición entre lo que quieren los hombres y lo que quiere Dios ¿es eterna? Si, en el sentido de que jamás el hombre tendrá conciencia completa de lo que Dios quiere, ni obrará jamás con el desinterés absoluto que caracteriza la acción divina, porque no puede llegar á Dios; pero la oposición irá disminuyendo á medida que el hombre se acerque á su fin ideal, que es ser perfecto como su Padre celestial. En la infancia de la humanidad, el hombre no sabe siquiera que existe un plan divino al que obedece; redúcese literalmente á un instrumento en las manos de Dios. Requiere un gran desarrollo intelectual y moral para que el hombre tenga conciencia de que vive en Dios y para que procure querer lo que Dios quiere. Esta conciencia se desenvuelve progresivamente, y esto responde á los reproches que se dirigen á la idea de un gobierno providencial. Preténdese también que reproduce, aun cuando bajo distinta forma, el fatalismo antiguo. ¿Qué importa, se dice, que una cosa sea fatal ó providencial desde el punto que la libertad humana no existe, puesto que el hombre se ve dominado por una voluntad superior que ni siquiera puede conocer? Sólo la palabra ha cam-

biado: llámese fatalidad ó providencia la ley á que el hombre está sujeto, no dejará siempre de ser un instrumento, ni de hacer siempre lo contrario de lo que se propone. No, el hombre nunca es instrumento, puesto que es libre; precisamente la oposicion en que se encuentra con la voluntad de Dios prueba su libertad. Si concurre, sin conciencia, á un plan divino, depende de su propia imperfeccion; pero tambien, si imperfecto, es perfectible. Pasivo en su cuna, no tarda en percibir que tiene una mision que llenar, un fin que cumplir; la historia se lo revela, y le enseña al mismo tiempo cuál es el plan divino á que está llamado á cooperar. Á medida que se aproxima á Dios, su libertad se ensancha en vez de reducirse, porque la verdadera libertad consiste en querer lo que Dios quiere.

Esta verdad alcanza lo mismo á las naciones que á los individuos. Requiérense muchos siglos para que aquéllas tengan conciencia de su propia vida y sepan que han de cumplir una mision. Hasta entónces obedecen á la mano de Dios, sin sospechar siquiera ni el camino que siguen ni el objeto que la Providencia se propone. Esto ha pasado en la antigüedad y hasta en los tiempos modernos. Las naciones no figuran en el mundo sino despues de la Revolucion; ántes estaban representadas por los reyes, como un menor por su tutor. Llegadas á la mayor edad, han conquistado la direccion de sus destinos; comprenden que forman parte de una gran sociedad, y que concurren á realizar un plan divino cuyo objeto supremo es el perfeccionamiento de la especie humana. Desde el punto que las naciones saben que tienen una individualidad y cumplen una mision, su libertad está conquistada, y esta libertad crece con cada paso que dan con conciencia en el camino que la Providencia les ha trazado.

La historia será una enseñanza de libertad cuando se escriba bajo el punto de vista del gobierno providencial. Ella es la que nos revela los designios de Dios, y la que, dando á conocer á los hombres lo que Dios quiere, les enseña lo que á su vez deben querer. La historia da la conviccion de que los individuos y los pueblos realizan por sí mismos sus destinos, por medio de su libre actividad. Léjos, pues, de conducir al fatalismo el gobierno providencial, la primera verdad que enseña es que Dios no ayuda sino á los que se ayudan á sí mismos. La historia, excitando á los individuos y á las nacio-

nes á trabajar sin descanso en su perfeccionamiento, les da una fuerza inmensa, el auxilio de Dios. Hé aquí uno de los grandes beneficios de la historia, cuando se inspira en la idea de un gobierno providencial. Los hombres, al par que libres, se sienten guiados por una mano poderosa; esta conviccion les sostiene en el difícil trabajo de su perfeccionamiento. Los hechos quedan siempre á inmensa distancia del ideal; diríase á veces que media entre ambos un abismo, y se llegará á desesperar del porvenir. ¡Qué consuelo y qué fuerza nos da, en esos momentos de angustia, la certidumbre de que el plan divino se prosigue en medio de nuestros extravíos y desfallecimientos! La mano de Dios no se aparta de nosotros un solo instante; si caemos, nos levanta; si nos extraviamos, nos guía al camino de la verdad. No hay por qué desesperar. Escuchemos la voz de la conciencia, y obrando bajo las inspiraciones de Dios, vivamos seguros de que no resultarán vanos nuestros esfuerzos. Si alguna nube oscurece la luz que nos guía, las sombras se disiparán, y nuestros hijos verán lo que nosotros no vemos.

II.

El gobierno providencial, léjos de excluir la libertad ó de destruirla, viene en su ayuda, iluminando é inspirando tanto á los hombres como á las naciones. ¿Diráse por esto que la libertad sea absoluta, ilimitada? Dios no es sólo providencia, sino tambien justicia. El orden moral exige que haya una retribucion del mal por el mal. El castigo ó la expiacion se convierten en instrumento de nuestro perfeccionamiento en las manos de Dios. Nueva manifestacion de que lo que á nuestros ojos es un mal, en los designios de Dios es un bien. No es posible negar la justicia divina sin negar al mismo tiempo la existencia de Dios y del orden moral. La necesidad de una intervencion de la divinidad para el mantenimiento de ese orden es tan evidente, que llamó la atencion de los hombres mucho ántes de haberse elevado á la idea de un gobierno providencial. Es verdad que se puede abusar de la idea de una justicia divina, y que de ella se ha abusado singularmente. Creeríase, con los escritores católicos, que ellos tienen intervencion en los consejos de Dios; todos los que se apartan del cristianismo tradicional, todos los que desertan de la Igle-

sia, son enemigos de Dios, y están condenados á terribles castigos, como culpables del mayor de los crímenes. Esos defensores de Dios creen, en su santo celo, que todo el mal que aflige á sus adversarios es un castigo divino, y consideran un mal la enfermedad, la pobreza, la privacion de un bien exterior, la muerte. Hé aquí el abuso, y este abuso, como de costumbre, repugna á la verdad. Los unos niegan la justicia divina, los otros dicen que es imposible probarla; á los primeros nada tenemos que contestar; los ciegos no pueden ver el sol. Admitimos que es difícil probar que tal individuo sea castigado por Dios; dirémos más, la demostracion es imposible, excepto para el que sufre la pena; por poco que sondee su conciencia, sentirá que todo mal verdadero que experimente es una expiacion. Precisamente porque la justicia se ejerce en el foro de la conciencia no es dable á la mirada humana percibirla.

Hay tambien una justicia divina para las naciones: desde que tienen conciencia de su individualidad se trasforman en personas, sustentan responsabilidad y entran en el orden moral. Si abusan de su poder, si cometen iniquidades, ¿estarán al abrigo de la justicia divina? ¿Acaso por ser el crimen más enorme quedará exento de pena? ¿Acaso le burlará el culpable por ser más poderoso? Estas dificultades amenguarian la justicia divina; pero ¿existen para Dios? Cuando Dios interviene en los hechos históricos, sea como justicia, sea como providencia, su accion se manifiesta claramente, y el historiador debe anotar esos juicios de Dios como testimonio del orden que reina en medio del desorden aparente. Las victimas de la violencia pueden estar seguras de que llegará el dia de la retribucion y de la reparacion: esta conviccion dará fuerzas á los que sufren y á la posteridad enseñanza y consuelo. Tales apreciaciones reclaman, sin embargo, discrecion extremada; no vaya el hombre á atribuir á Dios todos sus juicios, debiendo limitarse á consignar los actos notables y manifiestos de la justicia divina cuando el mismo Dios se los revele por la sucesion de los acontecimientos. Quiere esto decir que raras veces los contemporáneos pueden invocar los fallos de la justicia divina, debiendo dejar á la posteridad ese cuidado y contentarse con la conviccion de que á todo crimen cometido seguirá su castigo inevitable.

Hemos dicho que la justicia es una educacion

en las manos de Dios; que no castiga solamente para mantener el orden moral, sino tambien para conducir por el camino del deber á los que de su curso se han extraviado. Pero ¿en qué sentido sirve la pena para mejorar al culpable? ¿En qué consiste la pena? La respuesta á tales preguntas es el secreto de Dios; sólo una cosa es evidente, y es que el ejercicio de la justicia divina altera bajo cierto sentido la libertad. El hombre no es libre en tanto que expia, puesto que expia necesariamente; no es libre en tanto que sufre por el mal uso que hace de su libertad. Lo que decimos de los individuos lo decimos tambien de los pueblos. Hay, pues, una disminucion de libertad como consecuencia inevitable de la falta. Y no es este el único obstáculo que la libertad encuentra; hay hechos cuya influencia sufre el hombre, sin que apercibamos lazo alguno entre ellos y la libertad. Tales son las circunstancias en medio de las cuales el hombre nace y se desenvuelve; tiene cualidades innatas y deseos innatos, cualidades y deseos que determinan toda su vida. Nace en un país determinado, en el seno de la civilizacion ó de la barbarie; nace en cierta familia, rica ó pobre, moral ó inmoral, inteligente ó limitada; nace en tal siglo, guerrero ó industrial, religioso ó literario; nace católico ó protestante, mahometano ó judío, idólatra ó incrédulo. El nacimiento no es, como las infinitas circunstancias en medio de las cuales este hecho se produce, un hecho de libertad; sin embargo, de él depende la existencia entera. ¿Será un efecto de la justicia divina ó de su providencia? ¿Será la secuela de una vida anterior? La fe puede creerlo, la historia lo ignora: es el secreto de Dios.

Otro tanto dirémos de los pueblos: tambien están colocados por la mano de Dios en circunstancias físicas que ejercen grandísima influencia sobre su desarrollo intelectual ó moral. Tienen disposiciones innatas y facultades particulares en armonía con la mision que han de cumplir; se forman en un periodo histórico que determina su vocacion. Tales son los elementos esenciales de la vida de las naciones. No se dirá que la libertad es su fuente: no hablamos del azar; luego hay que llegar hasta Dios: es justicia y providencia. La libertad para los pueblos, como para los individuos, consiste en querer lo que Dios quiere; se desarrolla progresivamente á medida que los hombres ganan en inteligencia y moralidad. No cabe suponer

que la influencia providencial que acabamos de hacer constar sea una fatalidad que quite la libertad á los pueblos, aunque sí la modifica y la limita. La fuerza de la libertad va aumentando á medida que la de la fatalidad disminuye; pero siempre quedará para los pueblos, como para los individuos, un elemento providencial que no se explica por la libertad, sino que, por el contrario, la limita.

Cuando la libertad está limitada, la responsabilidad lo está también. Hé aquí la causa de la indulgencia que la filosofía de la historia dispensa á ciertos hombres al apreciar el papel histórico que han representado. Los más grandes sufren la influencia del medio social en que han nacido y se han desarrollado; comparten los errores y las preocupaciones de sus contemporáneos. ¿Condenaremos acaso por haberse engañado con todo el mundo? Esto equivaldría á condenarlos porque, en lugar de nacer en el siglo XIX, nacieron en el siglo XII. La condenación se dirigiría á Dios, no á criaturas imperfectas á quienes da vida donde y como quiere, con arreglo á los decretos misteriosos de su justicia y á los designios de su Providencia. ¿Diriase por esto que la historia debe aprobar el mal como aprueba el bien? No, seguramente; calumnian á la filosofía los que la acusan de tan horrible confusión. La filosofía es indulgente como Dios, que castiga á los hombres tanto con su bondad como con su justicia, teniendo en cuenta las necesidades que han determinado sus sentimientos y sus ideas, y, por consecuencia, sus acciones.

Otro reproche se dirige á la filosofía, y es que, á fuerza de ver en los hechos históricos la mano de Dios, todo lo justifica. Si cuanto acaece tiene su razón de ser en los designios de Dios, ¿no cabe deducir que todo es fatal? Este camino nos conduciría de nuevo al fatalismo bajo el nombre de gobierno providencial. Repetidas veces hemos dicho, en el curso de nuestros *Estudios*, que existen hechos necesarios, providenciales; más aún: hemos comprobado la intervención de Dios en toda la historia; bajo tal punto de vista, todo es providencial; ¿quiere esto decir que todo sea fatal? Cuando se cree en la immanencia de Dios hay que admitir también que Dios interviene en cuanto los hombres realizan; su acción será más ó menos intensa, pero siempre incesante y universal. La libre actividad del hombre concurre con la acción de Dios, tan

pronto en armonía con sus designios como en oposición; hay, por tanto, la parte de Dios y la parte de los hombres. La mano de Dios se extiende á todo, pero no excluye la libertad humana.

¿Á qué conduce, preguntan algunos, investigar los designios de Dios en la historia? ¿Por qué no limitarse á dar á conocer los móviles de los hombres y el juego de sus pasiones é intereses? Respondémos, desde luego, que el hombre no puede hacer abstracción de Dios y eliminarle, por decirlo así, de la historia. Dios está en él, haga lo que hiciere, y á pesar de todo su empeño no logrará librarse de su influjo. Léjos de tratar de desembarazarse de ese huésped invisible, debe familiarizarse con él y consultarle sin cesar para conocer su voluntad, porque esta voluntad se cumplirá, préstele ó no le preste el hombre su concurso. Si la rechaza, se verá compelido fuertemente, y siempre por el sufrimiento, al camino de Dios. El objeto de todo hombre que cree en Dios debe, por lo tanto, ser penetrar el plan divino para conformar con él sus sentimientos, sus ideas y sus acciones. Hé aquí la ley de su salvación, y sólo bajo su influjo se acercará á Dios y será perfecto como su Padre celestial.

Hay otra razón para que la filosofía busque en la historia los designios de Dios. Al considerar los acontecimientos tales como se producen por la acción de las pasiones humanas, suele no verse más que el egoísmo que anhela satisfacerse hollando cuantos obstáculos se le presentan. El espectáculo es desolador para los hombres que creen en el derecho y el deber; y ¿quién duda de ellos en la intimidad de la conciencia? Sólo un recurso resta para reconciliarse con su destino, y es escudriñar los designios de Dios y descubrir si hay un plan divino que domine las pasiones humanas. Basta abrir los ojos para ver la luz. La mano de Dios se manifiesta en cada página de la historia. Desde el momento que la descubramos, la desesperación cede su sitio á la fe, á la confianza, á la paz del alma. ¿No es este un beneficio inapreciable?

En este sentido dice un filósofo ilustre que la historia es la justificación de Dios (1). La frase de Hegel es profundamente cierta, sin que por ella se entienda que Dios tiene necesidad de que se le jus-

(1) HEGEL, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, página 20.

tifique; quien tiene esa necesidad es el hombre. En tanto que sólo ve en los hechos históricos el imperio de la fuerza y de la astucia, se desespera, y la desesperación puede impulsarle á dar rienda suelta á sus malas pasiones; el dominio del mundo, se dirá, pertenece al más fuerte ó al más hábil. Si fuera dable á la humanidad desterrar á Dios de su seno, la humanidad perecería. La frase de Hegel se presta á otro abuso: si la historia es la justificación de Dios, ¿no es consiguiente admitir también la justificación de los hombres? De antemano hemos contestado ya la pregunta; porque Dios haga servir los errores y las faltas de los hombres para la ejecución de sus designios, no ha de seguirse que las faltas y los errores sean un bien. En manera alguna; la filosofía condenará á los culpables al mismo tiempo que glorifique á Dios. El plan divino á que los hombres concurren á su pesar no excusa sus extravíos ni ménos los justifica. Cuando la pasión ciega cede su puesto á la razón y la conciencia, el hombre se prosterna ante Dios y adora al que había desconocido. La filosofía de la historia es una glorificación de Dios.

Bossuet dice que la historia es "la sabia consejera de los príncipes" (1). Escuchemos un instante las magníficas frases del grande orador: "Aun cuando la historia fuese inútil á los hombres, vendría que los príncipes la estudiáran. No hay mejor medio de darles á conocer lo que pueden las pasiones y los intereses, los tiempos y las coyunturas, los buenos y los malos consejos... Si la experiencia les es necesaria para adquirir la prudencia que conduce á reinar bien, nada más útil á su instrucción que unir á los ejemplos de los siglos pasados las experiencias que diariamente acumulan" (2). Muchas veces se ha estimado que si la historia es la consejera de los reyes, es también una mala maestra, ó que los reyes son malos discípulos, porque no aprovechan sus lecciones. Compréndese esto bien: los príncipes, egoístas por naturaleza, buscan en la historia, suponiendo que la consulten, lecciones de prudencia, como dice Bossuet; pero los hechos históricos ostentan tal variedad, que apenas si el pasado puede servir de enseñanza al porvenir. No, la historia no se ha hecho para los

(1) BOSSUET, *Oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra* (Obras, t. VII, p. 600).

(2) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal*, Prefacio (Obras, t. IX, p. 43).

reyes; se ha hecho para los pueblos: para ellos está llena de enseñanzas que acabarán por aprovechar, é inspirándose en los designios de Dios, marcharán por la senda que les ha trazado, queriendo lo que Él quiere. La gran lección que encontrarán en la historia será que deben obedecer á la ley del deber, tanto como los individuos, porque ellos son también individuos, teniendo su principio en Dios y la misma misión que los hombres; por último, en la historia encontrarán la convicción de que obedecen á la ley del progreso; esa convicción es la que da á su vida un sentido y un objeto.

§ III.—El progreso.

I.

La noción de un gobierno providencial no basta para crear una filosofía de la historia. Para convencerse de ello no hay más que ver lo que hacen de esta creencia los Padres de la Iglesia y los escritores católicos: sirvelos para glorificar el cristianismo, para anatematizar todas las demás manifestaciones del sentimiento religioso y para maldecir el libre pensamiento, que se eleva sobre esas formas transitorias. Fáltales completamente el sentido histórico, porque, absorbiendo la historia en la revelación, forman una concepción falsa del destino humano y desconocen la idea de progreso. Aun en el caso de llegar, bien á su pesar, arrastrados por una ley que domina á cuanto tiene vida, á inscribir el progreso en su bandera, mutilan y alteran el dogma que deben á la filosofía. No quieren el progreso religioso, no pueden admitirle, porque el cristianismo revelado es la última palabra de Dios. Tampoco quieren el progreso moral, tampoco pueden admitirle, porque arruinaría la creencia del pecado original, base de la religión tradicional.

Por nuestra parte hemos establecido el progreso sobre una base inamovible, la de los hechos (1). Tiene también un fundamento filosófico no ménos sólido. El gobierno providencial sería únicamente una palabra vacía de sentido si no implicara una educación del género humano, y la educación no se concibe sin desenvolvimiento, sin progreso. Na-

(1) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.